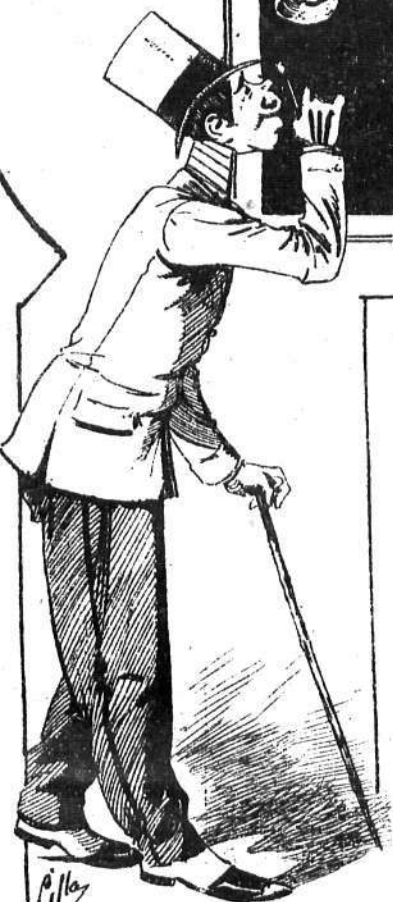




Año I.-Madrid 26 de Octubre de 1889.—Núm. 4.º

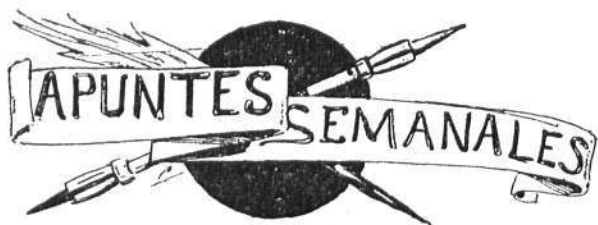
COSAS DE ELLAS



Este periódico celebra el **primer concurso español de belleza** en condiciones mejores á los celebrados en el extranjero.



—Conque ¿te casaste?—Sí.
 —¿Qué es tu marido?—Pintor.
 —Chica, me alegro por ti;
 porque así
 tendrás siempre buen color.



Pues, señor...

Se marcharon los moritos, después de habérsenos comido setenta mil pesetas; que no es poco comer!, y dejándonos para los pobres seis mil reales; que no es mucho dejar!

Un periódico se quejaba del poco valor de los objetos que trajeron como regalo: ¿qué habrá dicho al saber que sólo han dado mil quinientas pesetas para distribuir entre los asilos donde tenemos archivados los enfermos, los ancianos, los pobres y los angelitos que vienen al mundo contra la voluntad de sus padres?

Pero, bien mirado, ellos son moros; como tal, herejes, y no tienen, por tanto, el compromiso de ejercer la caridad para ganarse el cielo. ¡Hay que estar en todo!

Lo peor es que los tales seis mil reales no los han dejado en moneda corriente, sino en duros viejos, de esos que se le ocurrió un día al ministro de Hacienda retirar de la circulación, y como los tales andan hoy menospreciados hasta el punto de que se venden todo lo más por cuatro pesetas, resulta que el lujo de la caridad les ha salido por una friolera.

Pero no, no es eso lo peor.

Lo peor hubiera sido que los hubieran dejado en billetes de Banco.

Porque no sé si sabrán ustedes la noticia que corre por ahí.

Dicen que hay billetes que matan.

Es decir, yo no sé si eso será cosa que hayan sacado de su cabeza los médicos para hacernos odiar el papel-moneda; pero cuentan que allá en América, que es el país donde ocurren las cosas difíciles de probar, se ha envenenado un sujeto por contar billetes de Banco empleando el conocido sistema de mojarse el dedo en la boca.

¡Ay! ¡Dios no nos ponga en el caso de contar billetes, ni aun para nosotros mismos!

Si su Divina Majestad quiere hacernos ricos, á lo cual no nos oponemos por respeto á sus divinos mandatos, que nos dé los bienes en perros chicos, como propone mi compañero Eduardo Palacio, ó que nos los envíe en monedas de oro, como yo tengo la honra de proponer.

Y, si por contar las monedas de oro nos exponemos á una intoxicación áurea, ¡todo sea por Dios! ¡Respetaremos los altos designios!

Conque ya sabrán ustedes que con estos fríos se ha recrudecido la afición de las muchachas á huir del hogar paterno, robadas por sus Abelardos respectivos.

En pocos días ha habido dos fugas en Salamanca, una en Córdoba y otra en Sevilla.

La verdad es que hay que ser indulgentes con estas muchachas; ¡pobrecillas!

Los novios con buen fin escasean; eso del casorio se pone cada vez más malo, y la infeliz que no encuentra un marido definitivo, ¿qué ha de hacer si no tomarle provisional?

¡Y con el frío que hace por las noches!

Luego que ellas no pierden nada con decir á su cuyo: «¡Dame una prueba de cariño! ¡Róbame!»

Porque ellos las roban, entrampándose para recoger el dinero necesario, y luego resulta que á los tres ó cuatro días la Guardia civil coge á los tórtolos, me le mete á él en la cárcel, si no le da previamente una paliza el padre ofendido, le forman causa y... lo que venga, mientras ella vuelve al hogar, derrama cuatro lagrimitas sobre el pecho de mamá y se mete en su cuarto á despachar la correspondencia amorosa que haya podido recibirse durante su breve ausencia.

Ya nos vamos haciendo unos y otros á estas costumbres, y acabaremos, nosotros por robar una chica cada semana, y ellas por tener á título de gloria el haberse escapado varias veces cada mes. ¡Todo es hacerse á ello!

Sí, todo es hacerse á ello, porque, según dice un amigo mío que es confitero perpetuo y filósofo á ratos perdidos, «el hombre es un animal de costumbre.»

No le falta razón.

¿Quién nos había de decir v. gr. que el teatro español había de llegar á tal grado de decadencia? ¿Quién que tras de Bretón, Zorrilla, Tamayo y Ventura habían de venir Caldeiro, Perrín, Palacios, Limendoux y demás colegas? ¿Quién que habíamos de llegar á ver llevadas al templo de Talía las voces, gritos, aullidos, patadas, silbas é impropiedades propios del corral donde lucen su garbo el *Merluzá*, el *Zocato* y el *Metodo*?

Y, sin embargo, ¡qué tiempos! ¡qué costumbres! De cada diez estrenos que llevamos en la temporada, los nueve se ha convertido el teatro en plaza de toros, y el público ha tratado á los actores y autores como si fueran picadores que huyen el bulto.

—¡Ande usted, so morral! ¡tumbón! ¡mamarracho!

—¡Que lo fusilen! ¡Que lo maten! ¡Que lo ahorquen!

Estos piropos los he oído yo con mis propios oídos á gente que es capaz de darse «cuatro *quantás* con el lucero divino» si usted niega que vamos á la cabeza de la civilización.

Verdad es que, mientras ocurría el tumulto, una infeliz mujer (casada, según decían, con el silbado) lloraba á lágrima viva en un rincón, diciendo entre sollozos á tres ó cuatro oficiales de modista que la consolaban:

—¡Canallas! ¡Pillos! ¡Chulos averiados! ¡Mire usted qué entenderán ellos de revistas cómico-satírico-burlescas con alusiones! ¡Ay Dios mío! ¡Y si vieran ustedes cómo nos coge! Todo lo tenemos empuñado, porque al pobre Pepe le ofrecieron un destino en puertas, y como esas cosas no las saca sino una mujer guapa, y yo no lo soy, dijo él: «Anda, no te apures; yo haré una revista para el teatro, que dicen que eso da dinero.» Y la hizo, y ya ve usted si puede guiarle mejor intención al dedicarse á eso en tanto que lo del destino cuaja.

Decidamente, si D. Leandro levantara la cabeza y se asomara á uno de nuestros coliseos, diría recordando su *Comedia nueva*: vamos, parece que fué ayer cuando dejé el mundo de los vivos.

En efecto, los tiempos son los mismos.

No hay más sino que, en vez de *El Gran Cerco de Viena*, nos dan revistas cómico-lírico-indecenas. En todo lo demás estamos lo mismo.

¿Quieren ustedes una prueba de los tiempos literarios que alcanzamos?

Pues sepan que, al celebrarse hace pocos días en Sevilla el beneficio del actor D. Antonio Vico, hubo sujeto que se sintió inspirado, porque hay quien confunde las indigestiones con la calentura de la inspiración; y, no pudiéndose el hombre contener (que estos poetas oportunistas, si no les esposa usted las manos no se detienen ante conveniencia alguna), mandó imprimir y repartió profusamente dos décimas, de las que como fin de fiesta me atrevo á ofrecer á ustedes una ¡y ustedes perdonen!

Dice el poeta, encarándose con D. Antonio Vico, y á boca de jarro:

«Sombras ricas en poesía
ofrece del vate el genio,
mas tú con preclaro ingenio
das cuerpo á su fantasía.
La sombra mucho valdría,
que es verbo de la razón;
pero sin tu intervención,
pálida, fría, inconsciente,
se quedaría en la mente,
sin llegar al corazón.»

¡Oh! Y no les quepa á ustedes duda; el que eso escribió quiso decir algo ó desembuchar algo que tenía en el cuerpo, como si fueran ollejos de uva ó huesos de aceituna.

¿Qué sería lo que tenía dentro? Porque lo que ha echado hacia fuera parecen así como recortaduras de cursería.

¡Si hay hombres que comen y no saben lo que comen!

MANUEL MATOSES.

RIMA

Yo quiero tu desdén, quiero tu encono,
todo menos la amarga,
la eterna indiferencia que tu pecho
para mis penas guarda.

Mi alma es como los mares, que resisten
el rugiente huracán de la tormenta,
y el frío sin rumores de los polos
rendidos encadena.

JOSÉ J. HERRERO.

DOS CARTAS

Carta que un autor novel
escribe en toseco papel
á un opulento señor,
que con palabras de miel
lisonjea al pobre autor.

«A usted, que con frases buenas
procura aliviar mis penas
y de mí se compadece,
y, por las trazas, parece
que quiere ser mi Mecenas,

hoy que con su rudo brazo,
y la luz torva y esquivada
la miseria me echa el lazo,
yo le escribo esta misiva
con honores de sablazo.

Mártir de mi cesantía,
temo mi sér se destruya;
y no de débil me arguya,
que de tanta economía
ya soy casi una aldeluya.

Ya no me afeito ni fumo,
y mi cuerpo deleznable
es una sombra impalpable
que se evapora cual humo.
¡Tal estoy de miserable!

Cuando tiende su capuz
la noche, oscura, ó serena,
salgo de casa sin pena.
Me acuesto siempre sin luz,
y he suprimido la cena.

Vacilante está mi fe
al ver mis camisas rotas
y mi chaleco que fué,
la ilusión de mi chaqué
y el espectro de mis botas.

Yo me río... por los codos;
yo fui recio como un sable,
y hoy débil me encuentran todos,
probándome de mil modos
que ya no estoy presentable.

Yo con la gloria he soñado,
pero el destino ineluctable,
que me acosa despiadado,
niega el laurel á mi frente
lo mismo que á mi estofado.

Del pesar la amarga hiel
tal me tortura y maltrata,
que en esta lucha cruel,
á falta de otro cordel
me ahorcaré con la corbata,

si usted, benigno y propicio,
al borde del precipicio
no viene á tenderme ahora
esa mano protectora
que humilde besa, SIMPLICIO.»

Contestación:—«Recibí
su grata. ¡Con qué salero
pinta usted el pordiosero!
¡A un hombre que escribe así
debe sobrarle el dinero!

Si no es ficción del poeta
la situación que usted pinta
—y que en realidad me inquieta,—
la cosa ya es muy distinta...
¡Mas no tengo una peseta!»

Por las copias

E. NAVARRO GONZALVO.

POR CESACIÓN DE AMOR

I

Señor don Luis Maldonado.
Caballero: desde ayer
nada tiene usted que ver
conmigo; hemos terminado.
Espero de su atención,
delicadeza y decoro,
me mande el anillo de oro
que le di en otra ocasión.
Las cartas que le haya escrito
sé cuántas son, le prevengo,
y aquel retrato en que tengo
en brazos á morronguito.
Si usted es persona decente
compiacerá á una señora.
Su segura servidora

DOLORES VILLAVICENTE.

II

Lolita Villavicente.
Mi siempre querida amiga:
Permítame que te diga,
que no me llamo Inocente.
¡Porque conmigo reñiste,
que me tiene sin cuidado,
me pides con desentado
las cartas que me escribiste?
Pero esas son tonterías,
digan todos lo que quieran.
Las cartas ¿para quién eran?

¿para mí? luego son mías;
y aunque implores sin cesar
de esta idea no me apartas;
como son mías las cartas,
yo no te las quiero dar.
Me llamarás tonto, pijo,
y me quedo tan sereno.
Además, esto es lo bueno,
no puedo darte el anillo.
Permítame que lo sienta,
pero llegó una ocasión
de verme sin un botón,
y lo empuñé en tres cincuenta.
Tampoco, Lola, te mando
tu retrato, que es divino,
por conservar el minino;
¡parece que está mayando!
En fin, resumiendo, hija,
aunque al mismo Nuncio apeles,
yo no te doy ni papeles,
ni retrato, ni sortija.
Y pues te vas á casar,
cosa que ayer he sabido,
que te lo dé tu marido,
¡si es que te lo puede dar!
Y aquí doy por terminado
este debate. Te quiere
tu amigo, que por ti muere
de inmenso amor,

MALDONADO.

Por las dos,
EMILIO DEL VAL.

LA TARJETA

Estaba satisfecho de sí mismo; por fin había conseguido ser dueño
de aquella maravillosa hermosura, que se mostraba en todas par-
tes segura de su éxito, con el soberbio desdén de una reina que
no teme ser destronada nunca.

Entre sus finísimos y bien cuidados dedos sujetaba la pequeña
tarjeta y posaba la vista para ver, quizá por centésima vez, aquel

pedacito de cartulina satinada, que en una de sus esquinas, tenía
grabadas las armas nobiliarias de una familia de ilustre abolengo.

Más abajo, junto al nombre adorado, aquel precioso nombre, ob-
jeto por espacio de mucho tiempo de todos sus afanes, dos líneas
trazadas con mano nerviosa, una letra de largos perfiles que denun-
ciaba bien á las claras su procedencia femenina, y unas pocas frases
que, en su laconismo, encerraban larguísima historia de amorosos
deseos no satisfechos.

«Venid mañana á las doce; mi esposo está de elecciones con va-
rios amigos.»

Abrió Emilio el elegante tarjetero de piel de Rusia, ó introdujo
en una de sus divisiones la amorosa misiva, portadora de la felicidad
que ambicionó largo tiempo.

Jugaban á la desesperada; la raqueta del banquero, ese fatal ins-
trumento de madera que arrastra detrás de las monedas la alegría, y
la honra muchas veces, de infinitas familias, funcionaba aquella
noche con rapidez vertiginosa; las pupilas dilatadas, semejantes á
las del que muere por asfixia, seguían todos sus movimientos, como
si quisieran atraer otra vez, por medio de una combinación hipnó-
tica, aquellos pedazos de metal acuñado, que iban poco á poco á con-
fundirse con las pilas de oro de la banca.

Ni una frase, ni una blasfemia, aunque los labios estaban preña-
dos de ellas. ¡Ah! hubiera sido de malísimo gusto: las gentes de la
buena sociedad tienen que justificar siempre que lo son; podrán arre-
batarle la existencia inclusive, pero sin que el dolor moral se mani-
fieste nunca por medio de signos exteriores.

El conde había perdido hasta su última peseta: con una frialdad
estoica, guardando en los bolsillos de su levita la petaca y el pañue-
lo que al principio de la sesión colocó sobre el tapete, abandonó su
puesto, con la muda desesperación de un vencido en el innoble pa-
lenque del vicio, para ir, sin duda, á ocultar su derrota al fondo os-
curo de algún saloncillo poco concurrido.

Al cruzar los billares con paso firme y sereno, tropezó con varios
amigos que hacían carambolas entre copa y copa de *champagne*, ó
invitado, tuvo que detenerse y aceptar el obsequio que le ofrecían.

—¿Qué tal, conde, habéis estado de vena?

—No, ni mucho menos; he perdido algunos miles de pesetas.

—¡Diablo! Pues nada, no os preocupéis, y venid luego á cenar
con nosotros. Y, á propósito, os presento á D. Emilio Alvarez, uno
de nuestros primeros *spormans* y adorador tenaz y acérrimo del be-
llo sexo; es de los comensales.

Se respiraba una atmósfera densa, producida por el humo de los
cigarros, en aquella habitación reducida.

Circulaba el *champagne*, que, desbordándose de la copa conver-
tido en blanquísima espuma, empapaba el mantel adamasado, con-
fundiéndose con las salpicaduras de grasa de los platos vertidos.

Sobre el mullido diván descansaban *ellas*, luciendo todas sus en-
cantos y perfecciones; y ellos, vacilantes, con la mirada incierta, ro-
jos, próximos á la congestión, el chaleco desabrochado y la pechera
manchada, servían vino, que iba á parar á la alfombra la mayor
parte de las veces.

Por las rendijas del balcón, mal cerrado, se filtraba importuna la
claridad del día, y allá á lo lejos, sonaban las alegres campanillas de
las burras de leche, que iban repartiendo la salud á domicilio.

Alguien propuso que terminara la *juerga*: abandonó Juanillo la
guitarra, pasó sus groseras manos á lo largo de los muslos para des-
hacer las arrugas del pantalón, y salió, llevando en la mano un bi-
lletito, en pago de unas cuantas seguidillas gitanas que había ento-
nado durante la noche.

Las *bacantes* cubrieron sus formas, y los caballeros, lacios y tris-
tos, abandonaron también la habitación, llevando impresas en el
rostro las señales de la orgía.

Ya en la calle, dijo Emilio:

—Dispensad, conde; se me olvidaba...—Y, sacando una tarjeta,
la entregó al que se disponía á hacer lo mismo.

—Aquí tenéis las señas de vuestra casa, y el nombre de un ami-
go que siempre...

No terminó la frase: el conde, que había fijado sus ojos en la car-
tulina, lanzó un rugido, y, precipitándose sobre el joven, le cruzó
la mejilla.

Intervinieron los amigos, y se concertó un lance en aquel mismo
momento.—A la Casa de Campo—dijeron, y rodaron los coches de
punto hacia el sitio indicado.

Emilio, que todavía no se explicaba lo ocurrido, sacó de repente
la cartera, y vió con asombro que había entregado inadvertidamente
la tarjeta de la esposa infiel al marido engañado.

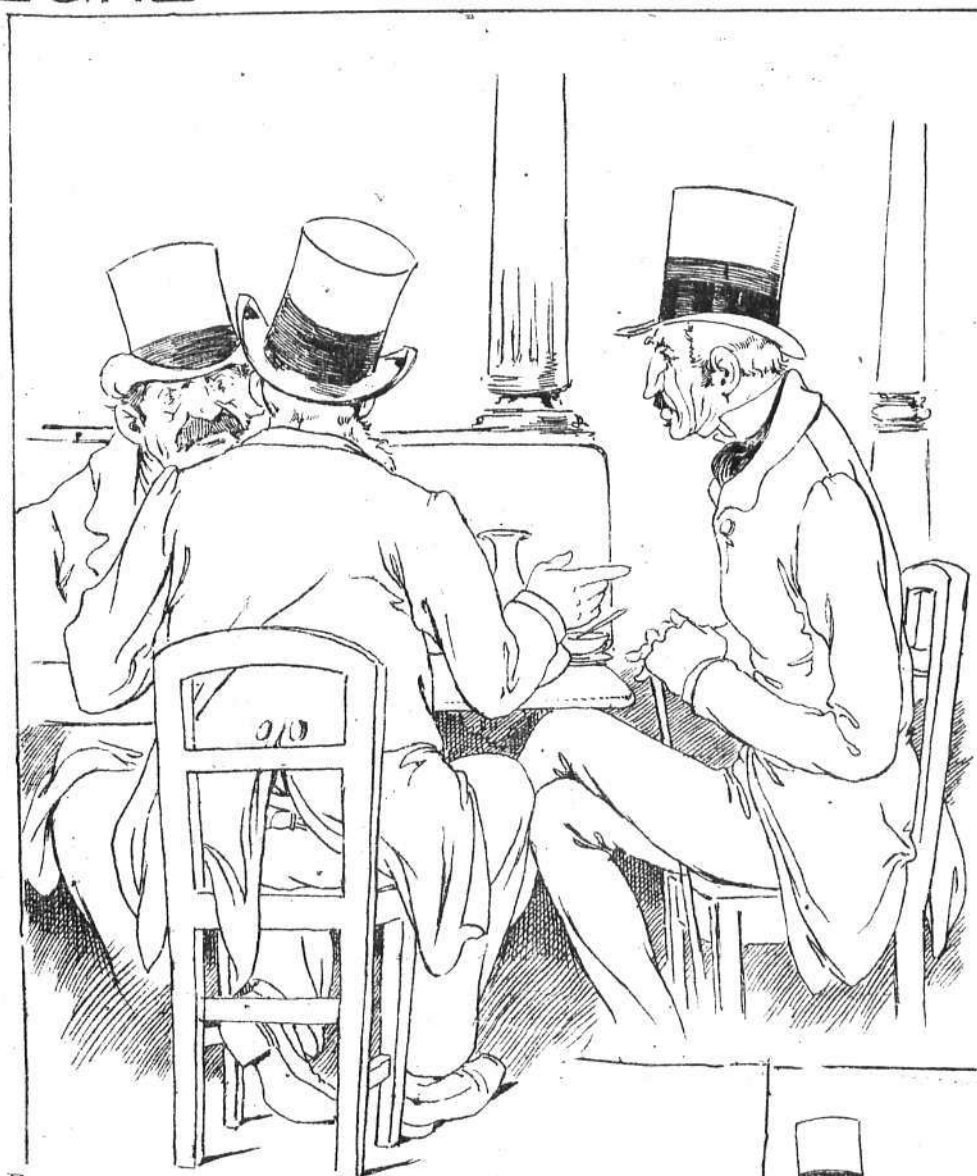


—Amelia, me parece usted esta noche más hermosa que nunca.

—Eso es efecto de los buenos ojos con que usted me mira.



El cura de Horadada del Pilar en traje de seglar.



Es el sargento Retaco, de húsares de la Princesa, el tenorio de más suerte de la Fuente de la Teja.

Por más que diga D. Anselmo, yo soy partidario del libre cambio; porque si se estableciera, podría yo cambiar á mi mujer por otra que tuviese siquiera veinte años menos.



—La verdad es, Manolito, que te ha quedado un buen traje. ¡Que adivinen ahora que era la librea de tu padre!



Por todo el camino van Doña Eulalia y Don Ramón, pensando en si aun tendrán sucesión.



El modo de vivir de estos dos hombres difiere en una cosa muy pequeña: en que uno abre las puertas con la llave y el otro no la emplea.

Ocho días después, la inconsolable viuda iba á distraer un poco su dolor á la capital de Francia.

En Hendaya le aguardaba Emilio, y juntos partieron.

JOAQUÍN E. ROMERO.

BIEN HECHO!

Yo te habría dado un mundo, aunque hubiera sido *en mapa*, si hubieses querido oír los suspiros de mi alma. Hace tiempo—¿á qué negarlo?—te decía que te amaba; pero ahora—¿á qué mentirte?—no me inspiras sino lástima. Y es muy natural que te hable con entera confianza quien te envió recaditos por conducto de criadas. Según dicen malas lenguas, estás muy enamorada de un vejete con dinero... ¡Malhayán las lenguas malas! Lo de viejo no te importe, y haz caso de mí, muchacha; el dinero siempre es oro... si no es papel, cobre ó plata. Cuando tu viejo te bese, quizás te manche de babas; pero teniendo pañuelos de batista... ¡santas pascuas! Con trajes de seda rica, deslumbradoras alhajas y tu palmito de reina... ¡cuidado que estarás guapa! Y adiós, adiós para siempre tus trajecitos de lana, tus sombreros con espigas, tus pulseras de hojalata, tus perlas de cera virgen y todas aquellas *galas* *compradas* en tiendas cursis y en bazares de quincalla.

Tendrás muy blandos divanes donde tenderte á la larga, realzando tu hermosura esa vida de sultana; tendrás doncellas inglesas, y hasta rusas y polacas, por más que de lenguas tú no entiendes una palabra; tendrás muebles caprichosos, columnas, broncees, estatuas, grupos en barro cocido, espejos, cuadros, arañas, servidumbre de librea, ancha escalera alfombrada y coche con dos caballos á la puerta de tu casa. Pero, en cambio, no tendrás tiernas y amantes palabras, ni besos apasionados, ni arrobadoras miradas; y si sueñas con amores y citas imaginarias, te despertará tu viejo con sus ataques de asma. Por eso, aunque haces muy bien (que el dinero y la elegancia se merecen que atropelles ilusiones y esperanzas), te repito—¿á qué mentirte?—que sólo me inspiras lástima; pues en ciertas ocasiones, todavía, por *degracia*, es muy hermoso tener sentimientos en el alma.

FEDERICO DE SANCHO.

RETACOS

—Con pies de plomo Ramón va siempre en toda cuestión.
—Pues si eso es cierto, Miguel, no iré en mi vida con él por temor á un pisotón.

El periodista Rosendo me decía:—No concibo porque, si vivo escribiendo,

no vivo de lo que escribo.

Siete suelas en las botas lleva Jacinto, y se altera porque le dicen que es un charlatán de siete suelas.

J. RODAO

Segovia.

LOS DIENTES

¡Musa, si tú lo consientes, si ello no te causa enojos, tú, que dices lo que sientes á boca, cabellos y ojos, vas á cantar á los dientes. Es decir, vas á cantar, si canto puedes llamar á eso que tu sientes tanto, pero que al ponerlo en canto no lo sabes expesar. Señores: los dientes son de extremada precisión; ¿quién sin ellos comería? Nadie, porque se expondría á una grave indigestión. Ninguno, sin masticar, traga chuletas enteras; pues para eso, á no dudar, era preciso contar con muy buenas tragaderas. Los dientes es ya sabido que son codiciados bienes, sólo porque siempre han sido

lujos que está prohibido, á los viejos y á los nenes. Unos dientes seductores, cuidados como señores y formados en hilera, son los adornos mejores de una boquita hechicera. Cuando una joven hermosa, sonriendo venturosa, luce dientes menuditos, que aun parecen más bonitos entre sus labios de rosa; Si mi alma sabe partir con esos puñales bellos, y que tanto hacen sufrir, me dan ganas de decir: quisiera ser presa de ellos. Si yo tan dichoso fuera que dientes así tuviera, lo que haría bien lo sé; cuando usted se sonriera, me la comería á usted.

RICARDO TABOADA STEGER.

INAUGURACIÓN DEL INSTITUTO DEL CARDENAL CISNEROS

Dice un periódico:

«En el paraninfo de la Universidad tuvo lugar el día 18, á las dos y media, la solemnidad anunciada para la inauguración del nuevo edificio donde ha sido instalado el Instituto del Cardenal Cisneros.

El director de Instrucción pública, Sr. Santamaría, presidió el acto, teniendo á su derecha al rector de la Universidad, á los consejeros de Instrucción pública y senadores Sres. Calleja y Rada Delgado y al director del Instituto de San Isidro; y á la izquierda al Sr. Galdó, director del establecimiento que se inauguraba, y al eclesiástico Sr. Palou, del citado Consejo y catedrático de la Facultad de Derecho.

El secretario, Sr. Suaña, leyó una Memoria referente á la edificación del edificio, y después el niño Manolito Jiménez Moya, en representación de sus condiscípulos, recitó magistralmente una poesía original del conocido catedrático D. Narciso Campillo; y otro niño llamado Ayuso hizo una reseña de los hechos más notables del Cardenal Cisneros.

Los Sres. Galdó, Pisa Pajares y Santamaría pronunciaron oportunos discursos relativos á la enseñanza.

Después los invitados recorrieron las dependencias del nuevo local, que reúne excelentes condiciones para el fin á que se le destina.»

A continuación damos á conocer á nuestros lectores la composición leída por el niño Jiménez Moya, para cuya publicación nos ha autorizado su autor:

DOS PALABRAS Á MIS CONDISCÍPULOS

Compañeros: Germina en vuestras almas la luz del pensamiento venidero; el hombre del mañana *todo* entero en vosotros se agita y va á nacer. Nace en buen hora, varonil y noble, para decoro de la patria mía, y disipe cual sol de nuevo día las sombras densas del oscuro ayer.

Que se levante España, y sed vosotros el vigor y la savia bendecida que al árbol de la patria infunda vida y vuelva más pujante á descollar. Y con su tronco y sus frondosas ramas cobije toda la española gente, como el cielo y el sol resplandeciente cubren la tierra y el inmenso mar.

Y sois vosotros, nobles compañeros, vuestros propios artífices; renida os aguarda la lucha de la vida: en ella preparaos á combatir. Alzad, alzad el pensamiento libre, amad del arte la divina esencia, y al generoso fuego de la ciencia moldead sin temor lo por venir.

De extranjeras comarcas recobrado, del Sena y Rhin y Támesis sombríos, vuelva el saber á los hispanos ríos, levante el Tajo la dorada sien. Y el Ebro y Duero y el fecundo Betis al fin renueven su pasada gloria, y vuestros nombres la futura historia pueda con gozo repetir también.

Entonces esta tierra noble y santa, donde yacen en paz nuestros abuelos, de placer temblará: los mismos cielos como premio os darán su bendición. Y mil augustas, venerables sombras, en vuestras huellas con los ojos fijos, de vosotros dirán:—Estos mis hijos, estos mis dignos descendientes son.

NARCISO CAMPILLO.



Plata meneses (versos), por Emilio del Val.

No crea Emilio del Val que yo, metiéndome en camisa de once varas, voy á hacer una crítica detenida y escrupulosa de su bellísimo libro *Plata Meneses*. Me limitaré á decir lo que me parece en conjunto su obra, haciendo caso omiso de los pequeños defectos que pueda tener; pues esta tarea quiero dejársela íntegra á los críticos de profesión, que, dicho sea de paso, llevan hoy por hoy este género literario por extraviado camino, pues parece que el único objeto de sus críticas es el de demostrar su erudición, muchas veces de oropel, y el de sacar á plaza los defectos personales del criticado.

Pero volvamos á *Plata Meneses*.

Con este modesto título ha coleccionado el joven poeta festivo Emilio del Val muchas de sus poesías, ya publicadas en diferentes semanarios y ya recibidas con gusto y sancionadas por el público.

En conjunto, el libro resulta agradabilísimo. La variedad de géneros y estilos, la diversidad de asuntos, la propiedad y desenfado del lenguaje y la fluidez y facilidad del verso, hacen que *Plata Meneses* se lea desde el principio hasta el fin sin experimentar cansancio alguno.

Todas las composiciones que contiene el libro de Emilio del Val son bellas; pero entre todas sobresalen las tituladas *Una juerga*, *¡Arriba!*, *El origen de los negros*, *Parado en cuarto*, *Delirio*, *A un crítico*, *El garito*, *¡Oh... las apariencias!* y *Diálogo confidencial*.

Finaliza la obra con una *Danza macabra* preciosamente hecha, que mejor que este título pudiera llevar el de *Las 400.000 señas de la literatura*, á semejanza del *Anuario del Comercio*, de Bailly-Baillière.

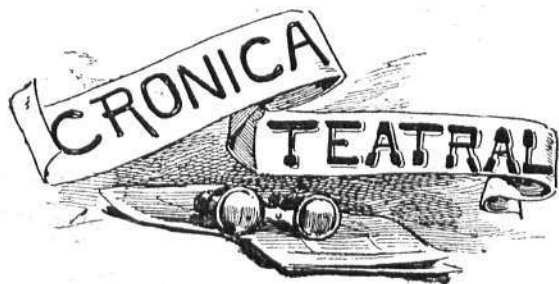
En fin, merece mil enhorabuenas Emilio del Val, quien, por su parte, debe dar las gracias á *Mecachis*, Cilla, Fuentes y Lozano por el cariño con que han ilustrado *Plata Meneses*.

Y ahora, antes de terminar, y por si algún mal pensado creyera que en mis elogios al libro de Val existe algún apasionamiento de amigo, advierto que no tengo el honor de conocerle mas que por sus escritos.

F. J.

—A última hora he recibido *El niño de nieve*, cuento árabe de Manuel del Palacio.

En el número próximo tendré el gusto de ocuparme de la nueva obra del eminente poeta.



Imprenta y litografía y *La media naranja* son los títulos de los dos últimos estrenos pateados en el teatro de la Alhambra.

El primero es una obra insulsa y sin argumento, que no se comprende cómo ha podido llegar á ponerse en escena. A pesar de todo, hubo un aplauso, pero exclusivamente para el Sr. Carreras, que representó, como él sabe hacerlo, su papel de chulo. Respecto á la música, baste decir que está en relación con la letra.

La media naranja obtuvo el mismo éxito que la anterior. Una serie de entradas y salidas de personajes, y otra serie de mudanzas de ropa de los mismos, constituyen la tal obra, en la que se esmeraron todos los que tomaron parte en su ejecución, distinguiéndose la señorita Parra.

En la Zarzuela se estrenó *La barretina*, en dos actos, y tampoco logró salir á flote, aunque el maestro Jiménez la adornó con una música muy agradable, que mereció las palmas del público, obligándole á salir varias veces á escena.

El mismo día que *La barretina*, se estrenó en el elegante coliseo de la Corredera de San Pablo el juguete en un acto *La escandalosa*, debido al ingenio del Sr. Estremera, cuya obra alcanzó un éxito muy lisonjero, proporcionando á su autor los honores de salir repetidas veces al palco escénico entre los plácemes del auditorio.

Estrenos de estos entran pocos en libra.

Sin embargo... Eso digo yo: sin embargo de que el autor de la obra que lleva dicho título, y que se aplaudió en la Comedia, es el Sr. Pina Domínguez, no ha resultado, como era de esperar, una traducción, ó, por lo menos, los carteles no han indicado que lo fuera.

Mi enhorabuena á dicho señor.

Y aquí termino, diciendo que la inauguración del Real se verificará el 26 del presente mes con la ópera *Lohengrin*, en la que los amantes de la música podrán admirar al eminente Gayarre.

R. S. Y PEDREÑO.



Á MIS COLABORADORES

Leídas y examinadas archidetenidamente algunas de las poesías que me han enviado ustedes para que yo en mis columnas, si me gustan, las inserte, á continuación expongo la opinión que me merecen: La que me envía *Centellas* es poco correcta, y verde, y además no tiene gracia; la de D. B. L. M., de Madrid, es muy llorona; la de *Pedro*, de Aibacete, tiene muy mala medida; las de *Plancha* y de *Trinquete* son tan pésimas, que creo que están hechas con los *pieses*; las de D. M. L. H. y D. F. J. S.

pertenecen al estilo del año cincuenta y siete; en fin, que ninguna de éstas merece que yo lo apruebe, así como no es posible que publicación esperen la de *Candil* por lo seria, la de *Rufián* por lo endeble, la de *Kpitan* por sucia, la de *Amor* por indecente, y las de D. M. J. *K la mo k no*, *Pelele*, *Uno de tantos*, *el Eco*, *Un quidam* y *Fray Peneque*, porque no tienen por donde el demonio las deseche. Dado en Madrid en el día 23 de los corrientes á las doce de la noche.

Firmado:

MADRID ALEGRE.

CUENTO

Pasar un cordero quiso Antonio sin pagar puertas, y embozándose en la capa cruzó junto á una caseta. Uno de los del resguardo, al verle con tal cautela pasar, le dijo:—Buen hombre, bajo la capa ¿qué lleva? A lo cual contestó Antonio:—Un violín; soy de una orquesta. Y entonces el del fielato, á la risa dando suelta, repuso:—¿Conque un violín?—Sí, señor; de clase *extra*.—¿Pues, hombre, para otra vez tápele usted las orejas!

RICARDO SOTO Y PEDREÑO.

CANTARES

No extrañes que me sonría y exclame al ver tus alhajas: ¡Lo que va de ayer á hoy! ¡Lo que irá de hoy á mañana!

Pobre ayer, me despreciaste, y hoy rico, me quieres mucho...

De amores que se subastan no puedo querer ni el tuyo.

Tu inconstancia y tu falsía me han demostrado, aunque tarde, que no hay cariño mejor que el cariño de una madre.

M. LÓPEZ MORENO.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.

UN RETRATO



Tengo un placer y un gusto verdadero
en presentar á ustedes
al Señor de Botija, mi casero.

15 **MADRID ALEGRE**

CÉNTIMOS

NÚMERO

para
el público.

SEMANARIO FESTIVO

Se publica los sábados.

10
CÉNTIMOS

NÚMERO

á correspondientes
y vendedores.

Contiene artículos y poesías de los más renombrados literatos y poetas, caricaturas de los mejores dibujantes, y excelentes fotgrabados. Celebra el *primer concurso español de belleza*, en condiciones superiores á los verificados hasta ahora en el extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Península: trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 5; año, 8.—**Extranjero y Ultramar:** año, 15 pesetas.

DIFERENTES MODOS DE SUSCRIBIRSE

La suscripción á este periódico se puede hacer de los tres modos siguientes:

- 1.º Enviando, en carta dirigida al Administrador, el importe del plazo por que se haga la suscripción, en libranzas del Giro Mutuo ó letras de fácil cobro.
- 2.º Haciendo pedidos de libros á esta Empresa, pues damos un mes de suscripción gratis por cada seis pesetas de obras cualesquiera que se nos pidan, y por cada cinco, si están comprendidas en nuestras Obras recomendadas.
- 3.º Proporcionando diez suscripciones á MADRID ALEGRE; pues al que esto haga le serviremos la suya gratis por el mismo plazo que comprendan aquéllas.

LOS SUSCRIPTORES Á MADRID ALEGRE TIENEN DERECHO

á que, tanto en la inserción de composiciones como en la publicación de retratos del concurso de belleza, se les prefiera, en igualdad de condiciones, á los que no lo son. Todo suscriptor puede indicar á la Dirección de MADRID ALEGRE las mejoras que en el mismo pudieran hacerse en opinión suya, en la seguridad de que se atenderán, á ser posible, sus indicaciones. Si se publicasen extraordinarios, los señores suscriptores los recibirán *gratis*.

Á LOS SEÑORES CORRESPONSALES

advertimos que se les enviarán sus liquidaciones á fin de mes, y que se suspenderá el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 10 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración, Arco de Santa María, 10 y 12, 1.º

Despacho: Todos los días de 3 á 6 de la tarde.

LOS NIÑOS DEL DÍA

CONCHA Y LUISITO

Forma un preciosísimo tomo, elegantemente ilustrado con magníficos grabados en color; impresión y papel de primer orden; encuadernación original y fuerte.

PRECIO: TRES PESETAS

Constituye uno de los donativos más útiles y adecuados para los niños.

JOSÉ ZORRILLA

EL LIBRO DE SU CORONACIÓN

Magnífico volumen, en 4.º, elegantemente impreso en papel símili-japón, ilustraciones de Riudavets, fotgrabados de Laporta, fototipias de Laurent, cubiertoro y colores.

Contiene, además de las poesías más notables del ilustre poeta, las lecturas que el mismo hizo en Granada en el acto de su coronación y en el Liceo.

Precio: SEIS pesetas.

Estas obras se hallan de venta en la Redacción y Administración de MADRID ALEGRE, Arco de Santa María, 10 y 12, 1.º